

## **La misión comenzó en un templo y concluirá en la calle (*Hemos celebrado la Misa, vayamos en paz*)**

### Antes de la misa...

Hay un "antes" de la celebración. No vivimos en un templo. Tenemos nuestra casa de familia, nuestro lugar de trabajo. Vamos a descansar al mar o la montaña o al parque de nuestra ciudad. Nos recreamos en un teatro o en un cine. La vida cotidiana tiene un lugar en la calle. Nuestra vida cristiana no sólo tiene momentos de oración o de celebración litúrgica, sino de relaciones cotidianas que tienen que ser "bautizadas", compenetrándolas con la Palabra, la Liturgia y el testimonio. En la Eucaristía dominical que se desarrolla en un espacio sagrado, la Palabra quiere hacerse vida en la comunidad, y la Eucaristía recibida nos hace uno-con-Cristo. En un templo recibimos una misión que es fruto de nuestra vocación de celebrantes. Al celebrar la Misa, celebramos la vida en Cristo, alimentada por el Pan de la mesa de la Palabra y por el Pan eucarístico, Pan de Vida.

### Durante la Misa

Vivimos una hora en un templo, alabando, dando gracias y suplicando. Cristo proclamó la Palabra y se hizo realmente presente en la misma. Hemos pedido perdón. Glorificamos a Dios, tal como lo hicieron los ángeles en Belén. Adoramos como los pastores ante el Niño recién nacido. Cantamos e hicimos silencio. Nos profesamos como creyentes. Comunicamos la paz al hermano, para poder así presentar al Señor una ofrenda grata a Él. Comulgamos con el Cuerpo y la Sangre de Jesús, Cristo pascual. Echamos una mirada hacia el pasado e hicimos memorial de la última Cena. Nos proyectamos hacia el futuro y trajimos al presente de nuestra Historia el Banquete pascual del Reino. Todo esto ocurrió en una celebración litúrgica...

### ¿Y después de la Misa...?

Nos despidieron. Salimos del templo. Vivimos una hora en la seguridad de una comunidad que nos contenía. Durante la celebración no disputábamos. No había peleas ni puños en alto ni gritos destemplados... Nadie cuestionaba nuestra fe. No protestábamos contra los gobernantes de turno ni contra la inflación ni el desempleo. Aunque la Liturgia estaba íntimamente relacionada con la vida diaria, allí nuestras preocupaciones eran "otras". Nadie vive en un oasis, pero es necesario que existan, para hacer un alto en el camino, recuperar fuerzas y calmar nuestra sed y así, poder retornar a lo cotidiano..., ial desierto donde se libra la lucha!

Se nos despidió, pero no con un simple *iHasta luego* o un *iAdiós!*, sino con un *iVayamos en paz!* Pero... ¿qué significa esto? ¿Qué nos vayamos a dormir, o a perder el tiempo, o a esperar la muerte? Nada de ello... Hemos intimado durante una hora con Cristo, Príncipe de la paz y ahora se nos pide *traducir y prolongar en la calle*, la paz recibida de lo alto. Hemos vivido un misterio de comunión que nos reclama ser "constructores de unidad", buscando y encontrando a la oveja perdida para reintegrarla al redil. Hemos recibido en la inteligencia y en el corazón la Palabra viva del Dios vivo, para traducirla a la Historia singular de cada hermano y así ser retransmisores de la misma, haciéndola comprensible y siempre presente. Se nos pedirá construir la misma fraternidad que hemos vivido durante una hora. El reclamo, traspasadas las puertas de salida de una iglesia,

*reconocernos como enviados a la misión.* El saludo podría haber sido: *-Hemos celebrado la Misa: vayan a la calle y hagan lo mismo que hemos hecho hoy. Vayan a la calle y hagan que las horas de cada día sean Eucaristía: ofrenda y banquete; comunión y paz en el amor; comunidad de hijos y de hermanos; sean hombres y mujeres que creen porque Alguien ha "misionado" en sus corazones e inteligencias, como quien ara y siembra en buena tierra la buena semilla, con la esperanza de futuras abundantes cosechas. Creemos y, porque creemos, hemos sido hechos capaces de vivir como enviados (misioneros...) para predicar el Reino al que todos estamos invitados.*

*La Misa es conclusión de algo y comienzo de algo*

Constantemente ratificamos-confirmamos nuestro ser cristiano de adoradores en Espíritu y en verdad, y también de orantes en la Iglesia de Cristo. Con frecuencia nos reunimos *para ser Iglesia y para significarla en el signo de una asamblea litúrgica congregada.* Nos encontramos porque los hijos y los hermanos debemos significarnos como congregados, no por voluntad propia sino por la de quien nos congregó.

Pero no somos una familia cerrada en sus propios límites; una familia que se complazca en su supuesta o real belleza y fidelidad. Somos una familia lanzada hacia otras familias que no son ni tan bellas ni tan fieles. Somos los miembros del Pueblo de Dios que -de modo especial en la celebración de la Misa- hemos descubierto nuestra más profunda y rica identidad en el signo de la *fracción del pan...* En la comida compartida. En el Sacrificio re-presentado para que sea también nuestro sacrificio.

¿Eucaristía sin misión? Es la cena egoísta y solitaria de los que no comparten con los demás ni siquiera las migas sobrantes que caen de la mesa. Es *mi* Misa, *mi* tranquilidad, *mi* encuentro con *mis* amigos, y donde *me* siento contento y muy a gusto. Sin embargo, la Cena del Señor hace estallar en mil pedazos los esquemas cerrados del *Yo*, y abre las compuertas que desembocan en el *nosotros* y lo *nuestro*, transformando la "solitariedad" en "solidaridad".

La despedida de la Misa es el equivalente a decir:

*La Misa ha terminado pero lo más importante comienza ahora...  
Vayan y vivan en coherencia con lo que han celebrado.  
Vayan y comuniquen al Cristo a quien han recibido, para darlo  
a quien tenga hambre de él...*

Sólo así, traduciremos "el rito" haciéndolo "vida cristiana", vida del cristiano...

*(Fr Héctor Muñoz OP -*

*Mendoza - Argentina)*